dental función en el concierto internacional, poniendo todos sus caudales al servicio de la paz, convirtiéndolos en el arsenal de la democracia con el ferviente anhelo de hacer efectivo el reinado de Dios en la tierra, sobre la base inconmovible de la fraternidad de los pueblos.

LUIS FELIPE GONZÁLEZ

(Trabajo leído en el Club Rotario de San José, C. R. con motivo de la celebración del 176º aniversaro de la Independencia de los Estados Unidos.)

Hace 160 años que el Obispo Tristán

estableció la "Pasada" de la Virgen de los Angeles

(Crónica de José Antonio Zavaleta)

La leyenda áurea de la Virgen Negra que allá por 1635 hallara la india Juana Pereira sobre la mole de basalto, a muyo pie brotaban las límpidas y claras aguas de un yurro milagrero y cantador, es una de las más ingenuamente encantadoras. Thomas Francis Meagher y el hijo del héroe de la batalla de Carabobo, Ramón Páez, la pregonan por el mundo de habla inglesa el uno con los trazos brillantes de su pluma y el venezolano, su compañero, con los certeros apuntes de su lápiz.

Francis Meagher, cuenta cómo era La Puebla en 1858.—"Los lugares más tristes tienen sus recuerdos amables o consoladores, sus glorias o esas leyendas atesoradas que como los últimos rayos de una lámpara moribunda salvan de la oscuridad completa los prestigios de un poderío pretérito. En su soledad y pobreza, Cartago posee estos atavíos. Tiene las altivas tradiciones que llenan de orgullo hasta a los pueblos más empobrecidos; tienen las que siendo más apacibles, por venir de una fuente más pura mantienen viva una fe generosa y orientan con su encanto el corazón de los pobres hacia Dios. De estas últimas, la Leyenda de Nuestra Señora de los Angeles es la más preciada del pueblo de Cartago."

"La iglesia de los Angeles, está lejos de ser el edificio más bonito y más sólido de la ciudad. Las grandes peñas que la circundan, los techos de tejas coloradas y manchas de rico follaje de que surge modestamente, realzan el aspecto de la fachada dórica, de la maciza torre cuadrada, con su tiara de relumbrante bronce, del techo gris de zinc, de la hilera color de alabastro que flanquean la puerta de entrada, de las hornacinas que a uno y otro lado de ésta alberga detrás de sus rejillas de hierro una cohorte de ángeles con alas, túnicas y borceguíes, del tamaño de un muchacho."

Las fiestas de la Virgen.—De antaño, la rumbosidad de las fiestas de Nuestra Señora jamás ha tenido paralelo. Si León tradicionalmente ha tenido

su Semana Santa y Guatemala su Corpus. Cartago y Costa Rica ha tenido en las celebraciones de agosto y setiembre en honor de la Santa Patrona, su fiesta por antonomasia, las festividades eminentemente populares que atraen a las gentes de todos los rumbos del país que llegan por todos los puntos a las puertas de la ex-metrópoli, con la unción mística del sediento de fe, del arrobado por los grandes misterios del cristianismo, como también llegan aquellos ansiosos de ganar sus octavos, como los que en el deseo de aprovecharse de la oportunidad, que la pintan calva; "despluma" a los bonachones

Entre peñas y florestas, se levanta la vieja iglesia de Nuestra Señora de los Angeles: He aquí el cromo sugerente que el lápiz de Páez trazó hace 84 años.

creyentes. Porque de todo llega en estos días a Cartago y no todos vienen a ella en busca del plan del milagro, ni a dar gracias a La Negrita. Pero así y todo, no conocen los costarricenses, festividades de más viso que éstas que iniciándose el 1º de agosto, víspera de la solemnidad de Nuestra Señora de los Angeles, siguen durante todo el mes, tras del traslado de la Imagen a la Parroquia y terminan tal día como hoy, primer sábado de setiembre con la rumbosísima "Pasada."

Las comedias, carros, zarabandas y otros bailes allá por el 711.—Aquel rinconcillo de La Puebla, separado del resto de la ciudad por los inmensos pedrones que desde tiempo inmemorial salieron de las bocas ciclópeas del volcán, lo mismo que por las cercas de piñuela y de tuna y las correntadas que bajando de los arrabales del Norte, iban en busca de La Gusanera y de otras pobres barriadas del Sureste que parecían descansar en las márgenes del Toyogres, estaba habitado por indios y pardos. Era La Puebla de los Pardos que antaño se decía y allí tenía su santuario pobre y oscuro, la imagencita de lapislázuli, pequeñita, que apenas si rebasa el jeme de altura. Eran tales los escándalos que por vísperas del 2 de agosto de ahí se armaban, en las casas o dependencias anejas al santuario, que Fray Benito Garret y Arlovi prohibía, en 1711, que fueran destinados los fondos de la Cofradía de Nuestra Señora a sufragar los gastos de las francachelas que allí se armaban, so pretexto de contribuir al esplendor de las fiestas de la Virgen. Pena de excomunión dictó a los contraventores de esa disposición el Padre Benito, que determinaba el no uso de esos fondos en: "comedias, carros, torres, zarabandas y otros bailes". Conforme al sentir, el pensar y el actuar de los criollos se acató la orden, pero nunca se cumplió, con lo que las cosas fueron en amento y cuando aquel famoso don Joaquín de Nava desempeñaba la Gobernación de la provincia, se sucedieron los escándalos, harto conocidos por lo enormes, llegando las cosas a lo increíble. Aquello era sencillamente la catástrofe de la moral y de las buenas costumbres. Monseñor Sanabria y don Ricardo Fernández Guardia han dejado bordadas interesantísimas reseñas de esos hechos a los que en más de una oportunidad nosotros, modestamente, nos hemos también referido en estas mismas columnas y sin ir muy lejos, en la edición correspondiente a La Tribuna del 14 de agosto de este año, ya echábamos nuestro cuarto a espadas en estas cuestiones, añejas y pintorescas de aquellas gentes del tercer cuarto del siglo XVIII. Todas estas pendencias y escándalos fueron objeto de la reprimenda inteligente del Obispo don Esteban Lorenzo de Tristán que quiso evitar esos escándalos haciendo que el Gobernador Flores, como el Ayuntamiento y los principales vecinos de la metrópoli colonial se dispusieran a acordar el 14 de agosto de 1782 el traslado de la Imagen, procesionalmente, al templo parroquial, entonces llamado del Apóstol Santiago y en su defecto, al Convento de La Soledad. Con fecha 17 de noviembre de ese mismo año se establecía la costumbre de celebrar esa "Pasada", y también fiestas con toda pompa y litúrgico esplendor en la iglesia principal de Cartago. De allí se originó la costumbre que este año, una vez más, se repite, como si los ciento sesenta años que han corrido desde entonces, no hubiesen quitado todos los arrestos de su fe a los celosos cartagineses.

Las "Pasadas" de hace un siglo.—Las calles que daban a la plaza mayor, o plaza Real de Cartago, se veían atestadas de carretas, hombres de a caballo y de a pie, mujeres de la nobleza envueltas en sus tohallas y pañoletas negras; campesinas y orilleras luciendo el esplendor de sus rebozos de lindos colores, las niñas Oreamuno, vistiendo traje de tela de "Ruán",

chiquillos que dejaban las casas "de techos salientes y ventanas arqueadas", para ir a situarse en las cercanías de la casa de doña Ana o cerca de la de las Espinach para ver la parada de la guarnición local; movimiento inusitado de gentes forasteras provenientes hasta de Bagaces y Nicoya que deseaban participar en la procesión de la mañana. Bajo el sol espléndido de las mañanas cartaginesas, que a principios de setiembre parece fuego que calcina, como para ganar tiempo a las tempestades y aguaceros que preludian el "cordonazo" de un mes después, por los alrededores de la plaza y por las calles de Carrillo y Real, se paseaban, sacándole pintas y relinchos a sus potros hermosamente enjaezados, los muchachos de "copete", mientras que clavando las espuelas prusianas en los ijares de sus pasitroteras y jaconas los tejareños, los de la Arenilla, Tres Ríos y Chircagres, pasaban dándose "tono"

Una procesión de Nuestra Señora de los Angeles.

cerca de las muchachas que se orillaban a los mosaicos de puertas enjalbergados, no sin dejarles, a cambio de una mirada, un piropo saleroso y galante.

La "Pasada de los Trastes".—Vísperas del primer sábado de setiembre, hace cincuenta años, las gentes de Matina, de Los Guayabos (Turrialba) Tucurrique, Pacayas, Orosi, Cachí, Paraíso, San Antonio de Cot, Tierra Blanca, Tobosi, La Banderilla, Tres Ríos, Desamparados, San Pedro del Mojón, Arenilla de San José, (San Isidro de Coronado), Aserrí, Escazú, Barba, Río Segundo Alajuela, Pacaca, Puriscal, Esparta, Atenas, San Mateo, Puntarenas y otros sitios, distantes, ya se hallaban o iban llegando con sus morrales y sus alforjas a Cartago. Entonces no había otro tren que pitara que el que llegaba a Cartago por la tarde y había que ver los carros llenecitos de josefinos y de cartagos que se dirigían a la ex-metrópoli para presenciar la Pasada. A las

seis de la tarde, la ciudad enfarolada, llena de gallardetes de colores, con arcos de uruca y de pisco en sus calles principales, con músicas por montones parecía despedir por esa noche sus nieblas sempiternas, para dar huelga a "la parranda". Arrellanados en las gradas y bordes de las preciosas fuentes ornamentales de las plazuelas de San Nicolás y de La Soledad, los forasteros veían el desfilar de damas y caballeros, de niños y ancianos hacia el rosario, que no los había más rumbosos, y cuando estas ceremonias religiosas terminaban, se volcaba toda "La Puebla" portando faroles los ciriquillos y mozalbetes y las viejas y los hombres más mazucos, con los hombros dispuestos para llevarse a la Iglesia de Nuestra Señora, los *trastes* de ésta: mesas, candelabros, candelas, alcancías, urnas, atriles, reclinatorios, y cuanto Dios creó para el culto divino y también para el profano. Era una barahunda tremenda. Una bulla sin paralelos. Aquello era como un mercado y en medio de todo ese trajín cohetes, bombas atronadoras, músicas de cuerda y de viento, todo en profusión y confusión, iba avanzando a las nueve de la noche por las calles embanderadas que parecían entonces avenidas de fuego, vistas a distancia o desde alguno que otro saliente balcón tal el efecto de las mil lengüitas de fuego de los faroles de colores que avanzaban en procesión hacia La Puebla. Era la "Pasada de los Trastes", que todavía se celebra, pero sin tanto esplendor, la fiesta bullanguera por excelencia.

Los fuegos pirotécnicos del Chino Alán.—De aquella colonia china que dominaba en el Cartago de hace cincuenta años, el chino Alán fué el más rico y el más "rajao". Había que ver los rosarios que él patrocinaba. No les ganaban en ningún aspecto, música de primera, con don José Campabadal, dirigiendo a su conjunto "Euterpe"; fuegos pirotécnicos traídos de la purísima China, faroles chinos, un lujo oriental que deslumbraba a los patriarcas cartagineses que recuerdan al chino Alán, como a una especie de emperador panadero medio cristiano y medio budhista. Fué él quien regaló a la Virgen el magnífico baldaquino de plata que aún luce, como una de sus mejores joyas.

Las fiestas en La Puebla.—Frente a la iglesia ha existido siempre una plaza; pero no era de las dimensiones del área que ocupa el Parque del Tricentenario. Era poco menos que la mitad, pues, las casas avanzaban casi ese tanto en lo que es hoy el Parque. La calle Real, al llegar a "Punta Diamante", o sea, donde hoy está la residencia de don Cristóbal Yvancovich, terciaba hacia el Noreste. El fin perseguido era que la calle diese exactamente a la fachada de la iglesia de los Angeles, convertida en Basílica por el Obispo Llorente y Lafuente. En el sector de la plaza se construían las barreras para las corridas de toros, se alzaban los "castillos" para las guerrillas entre moros y cristianos y tantos otros actos que no son para olvidarlos.

Alejandro Sánchez, el Rey Moro.—Y hablemos de las "guerrillas". Estas se venían preparando por los Valerín, los Sánchez, los Mata, los Maroto, los Leandro, los Brenes, los Carvajales y otros muchachos de las viejas familias que habitaban la contornada de La Puebla. Había que ver al Rey Moro, o sea, al no ha muchos años fallecido Alejandro Sánchez. Alto, fornido, mulatón de facciones, su corpacho era difícilmente igualado por alguno de los hijos de ñor Ventura Leandro. Lanzas, caballos, túnicas, la bella cautiva asomando por un ajimez del

elevado y circuido castillo . . . Era todo un gran espectáculo, que se celebraba en la plaza mientras el gentío iba llegando a la misma. Nadie quería perderlo. A veces degeneraba en pendencia de verdad. Pero era lo menos que podía pasar, sobre todo, cuando a Sanico se le ocurría hacer algunas de esas famosas pisigañas que hacían morirse de rabia a Alejandro

La gran procesión del sábado.—Y ahora, volvamos los pasos a la Parroquia. Ya estaba lista la procesión para salir. La misa de ocho se había ido ligerito y todas las vecindades del templo se hallaban atestadas de vecinos y de fuereros. Cientos de chiquillos vestidos de indios, con coletas y pintarrajeados los rostros, manos, brazos y piernas; ancianos disfrazados de peregrinos; de esclavos, de penitentes, llevando pesadas cadenas y cilicios, muchachas con la cabeza coronada de plumas, la cara pintada con achiote, y llevando al cuadril enormes "metates", (piedras de moler maíz); gentes también disfrazadas de las más diversas maneras con ojaldres de apetitosísimo pan . . . Tales eran los grupos que habrían de abrir la marcha, mientras que los prestes y mayordomos del santuario de Los Angeles, posesionados de nuevo de sus funciones, alegres por poder conducir de nuevo a la Virgen a su Puebla, tras de tenérsela prestada un mes a los "levas" de Cartago, abrían paso con los ciriales a la Virgen, sentada en el badaquino que le obsequiara el chino Alán. Seguían los cofrades por montones, luego la banda, y las filarmonías, el público: rezando unos, conversando otros bajo aquel sol tremendo, y volviendo de cuando en vez la vista a la porción de Navarro y Orosi para otear si había o no "oscurana", que de haberla, la lluvia sería segurita, antes de que a las doce, en medio de un mar de cohetes y de bombas y de sonar de campanas, hiciera su entrada en su templo la Virgen de los Cartagos.

Las corridas de toros y los disfraces.—Las fiestas en que ardía La Puebla desde la víspera, entonces ya no tenían momento de tregua. A las doce en punto salían los disfraces, los gigantes. Luis Romero en altísimos zancos, los Valerines y los Valverdes, los Morales y cuanto pueblano había disfrazados recorrían las calles; las guerrillas, a que hemos aludido antes eran también parte de este potpourrí carnavalesco.

Y aparecían los dueños del redondel.

Eran siempre las gentes de más valor, los muchachos más vigorosos, los que se daban el lujo, en aquel Cartago en que el mejor ornamento de sus gentes eran los buenos caballos, de presentar las mejores bestias. Traían ganado escogido, no de esos toros matreros y mordedores de ahora, sino ganado de "puro bravo", temible, sin paralelo en fiereza. Y había que ver lo que eran esas corridas. No las había mejores en todo el país. Era el orgullo de los cartagos, desde los días lejanos del coloniaje, hacerlas como no las celebraban a ochenta millas a la redonda, según aseguraban "Las Polas" Valerín que pasaban todo el año, de agosto a agosto, haciendo confites de semilla de chiverre para sacar la tripa de mal año con lo que hicieran en las fiestas de la Virgen.

Lechones, fritos, mistelas y estofado.—Las ventas se multplicaban en cada vara que quedaba de plaza o de calle; lo mismo que en las ventanas y

en los portones de las casas. Cada cual tenía algo que vender; ésta era una viejecita, como la esposa de ñor Cortés, el de La Gusanera, que pasaba desde pasadita la Semana Santa cuidando el par de lechoncitos que había de matar para las fiestas; este otro había ida a "La Pesa" a comprar todos los lomos del ganado destazado en dos semanas. Con su carga de carne, ensartada en "daguillas", que entonces el papel de envolver no se conocía casi, se dirigía a su hogar, donde las mujeres estaban por espacio de ocho días haciendo lomos sudados y cuanto plato rico se ha inventado. En todas partes se había fabricado "estofao", frito, ajiacos, picadillos de raíz y de chayote, toda clase de bizcochos, tanelas, tamal asado, prestiños, enlustrados, etc. etc., lo mismo que chiricayas, mistelas, y muchas otras bebidas, a base de contrabando adquirido en las "sacas" de los Loaiza, Masises y Cotos de Agua Caliente.

Y ocho días más tarde.—Tres días cuando menos, duraban las grandes fiestas de La Puebla. Ocasiones hubo en que duraban ocho días. Pero después de los tres primeros comenzaban los forasteros a enyugar sus yuntas y a uncirlas a las carretas, buscaban sus caballos, los ensillaban y se hacían al camino. Las caravanas de carretas iban ayudándose las unas con las otras por los infernales caminos, más maltrechos que de costumbre por efecto de los grandes aguaceros de la tarde. Volvía entonces Cartago a entrar en su quietud proverbial. El ambiente hosco y tristón de la ciudad se acentuaba y no quedaba más que el recuerdo de las fiestas rumbosas de "La Pasada", como en espera de otras el año venidero.

Ahora.—El 4 de mayo de 1910, caía una vez más la Antigua Metrópoli. Quedaba sepultada la vieja fundación entre sus propios escombros. Poco después de esos días de tragedia, de muerte, de dolor y de ruina volvería a surgir la ciudad nueva; pero aquel carácter de sus hijos, aquel Cartago de nuestros tatas y abuelos, no volvió más. Los que somos de la "colada" de años después del terremoto, apenas hemos vivido los pequeños resabios del viejo Cartago y así la "Pasada" de este año, como tantas otras fiestas que se habían tatuado en el espíritu de las generaciones, son simples apuntes, apenas perceptibles, de lo que fueran las celebraciones de antaño, oídas en labios de nuestros mayores, como una añoranza quejumbrosa de lo que fué y que en sus espíritus aun tiene el retintineo de los hechos que se escribieron muy hondo en el corazón.

("La Tribuna". Sábado 5 de setiembre de 1942).

Con infinito placer reproducimos esta joyita de crónica de José Antonio Zavaleta, el inteligente redactor de "La Tribuna"; por lo exacto y verídico de todo los detalles y esa verba animada, chispeante, llena de vivacidad y encanto, merece conservarse esa página de historia deleitosamente escrita.—*J. V.*